

paro á las instituciones de los pueblos libres.»

Tenia razon, y razon sobrada, el príncipe contra el Emperador en este asunto. ¡Cómo! Por llevar sangre de un César en las venas, y pertenecer á familia de dioses, y subir desde la cuna al trono, es necesario que el hombre desdiga de la naturaleza humana, olvide los sentimientos más arraigados, desoiga la voz del corazón, abandone la mujer que le ha entregado su amor y su honra, niegue los pedazos del alma, los hijos, y crea que le es dado hollar todas las leyes divinas y humanas, pues de otra suerte cae en el abismo común donde se pierden y se borran los seres vulgares, obedientes á su conciencia, celosos de su honor, devotos á su familia, sujetos al deber moral y social, que no reza con aquellos nacidos para llevar una corona, y necesitados sin duda para distinguirse del resto de los hombres, ser inferiores á todos ellos, y brillar con las marcas de la infamia y la predestinación al crimen.

Casóse, pues, Pedro Bonaparte, y el Emperador encontró en este matrimonio pretexto para alejarlo de su lado y tenerlo á respetuosa distancia de su trono. La violencia era el rasgo distintivo de aquel desalmado. Como los volcanes, salía de pronto su negra alma en erupción y lo abrasaba y lo consumía todo bajo las ardientes lavas de sus pasiones sin freno. El puñal era su dios y le prestaba culto. En mil ocasiones de su vida habia llegado á uno de esos extremos en que no hay otro remedio sino morir ó matar. Los tribunales de Europa y América entendieron de antiguo en sus fechorías. Una de sus hermanas escribía al rey José, cuando Pedro era aun muchacho, acerca de su natural perverso y de su irresistible inclinación al crimen. Para corregir estos ímpetus se necesitaba una severa educación de hombre, y Pedro tenia educación de príncipe. Cuentan que á manera del héroe de la leyenda antigua, mordía el pecho de su nodriza, como si en vez de leche, buscarse para alimentarse humana sangre. La pasión

libre llenó su juventud, consumida toda ella en el placer y en los combates. Cualquiera diría que no estaba bien ni á sus anchas en este mundo y que necesitaba compartir la vida con aquellos condotieros á quienes puso Dante en el infierno llevando la propia cabeza en la mano como para jugar con ella á la pelota. El amor desordenado de sí le llevaba á la cólera, y la cólera á odiar todo lo que no fuera él mismo. Esta pasión le arrebatava y en estos arrebatos perdía el sentido por completo. Encerrábase en sí mismo á veces por largos años, se aislaba en su altivo sér, como el caballero feudal en su castillo; y cuando salía su alma de sí misma para manifestarse, salía rompiendo por todo, no como el sosegado arroyo, como el impetuoso torrente. Por largos años condensaba nubes de odio que concluían lloviendo mares de hiel. Los que le han visto en esos momentos, colérico de una cólera largamente condensada, lo han descrito, las sienes sonando á los martillazos de la ira; el corazón de sangre henchido; lívida la color, trémulo el lábio, la voz entre aflautada y ronca como los mahullidos del tigre, contraídos todos los músculos, apretados los dientes, abiertas las narices como para respirar el aliento encendido que se escapaba de su volcánico pecho, caídas las cejas como dos negras sombras sobre los ojos fulgurantes con el fosfórico fulgor de los ojos del gato ó de la lechuza; semejante á la estatua del gladiador en cólera, á las figuras de los condenados en los frescos de Orvieto, al héroe antiguo arrastrando atado á su carro de guerra el cuerpo de su rival en torno de las murallas de Troya.

La irritación de su carácter sostenía la irritación de sus nervios y de su sangre. Tanto la vida material como la vida moral era ciertamente en él, un desorden completo. La cólera, el odio, la venganza lo poseían, y ora se arrastraba como una culebra, ora saltaba como un tigre, ora combatía como el rey de los desiertos, ora escarbaba el suelo como el huron de las madrigueras, ora caía sobre su

presa como el águila, acostumbrado al ataque y á la fuga, semejante á esos animales tan bien preparados por la naturaleza para apropiarse los animales que necesitan, y defenderse del odio universal reinante sobre el Universo en los eternos campos de batalla donde se pelea por la vida. Véase que era de una raza de conquistadores, de hombres de exterminio, y que tenia de los conquistadores la sed hidrópica de sangre, el hambre voraz de matanza. Gustábase ir nómada, errante, en actividad inquieta, como si el Universo entero fuese un teatro, y la vida un drama; cazar por las selvas, combatir con las olas, habitar los campos, dormir al aire libre, pelear á todas horas; y así entraba en las conjuraciones de los carbonarios de Italia, donde se contendía por la luz al abrigo de las sombras; se alistaba en las compañías de los piratas de Corfú y asaltaba los barcos mercantes aun á riesgo de que lo colgaran de una antena; vestíase los saraguelles turcos, el chaleco de mil colores, el cinturón cargado de pistolas y puñales, el gorro griego, y se iba como un héroe de los poemas de Biron á esgrimir su guma, y descargaba su carabina en los desfiladeros de Albania; erraba por los campos romanos como un bandido de Salvator Rosa, y en ellos, en sus majestuosas ruinas, en sus montañas de ceniza atravesaba de leve puñalada á los esbirros del Papa despues de haber en el archipiélago helénico, ahogado á los corsarios de Grecia; filibustero en América y cazador en Africa, republicano y príncipe, oficial de los tercios franceses ó improvisador de versos estrambóticos en lengua italiana á la manera de los lazarónis de Nápoles; votando en la Asamblea Constituyente los principios de la extrema izquierda socialista y poniendo en verso la vida de César de su imperial primo, el monumento levantado al despotismo; hábil como dice el historiador Claretie en respun-tear la guitarra y en manejar la navaja, mezcla informe de príncipe, de demagogo, de cortesano, soldado de Catilina y de César, un le-

gendario aventurero, escapado de las edades de la guerra y del despotismo, incompatible completamente con nuestra civilización y nuestra cultura.

No puede abrirse la correspondencia del príncipe sin hallar alguna queja de su primo y de la corte. Ya se duele, como hemos visto, de que no consienta la legitimación de sus hijos; ya de que no le autorice para casarse con la mujer elegida por su corazón; ya de que le han olvidado por completo á pesar de contener las cuentas imperiales continuos donativos en dinero; ya de que no le guardan los dependientes de su primo todos los respetos debidos á su nacimiento y á su gerarquía. Es curiosa la correspondencia sobre una partida de caza que se ha encontrado en los papeles de las Tullerías. El príncipe dice que le dan solamente dos mil quinientos francos por mes y necesita cinco mil: que le quieren mandar á Córcega en la estación de la *Malaria*, y necesita ir á otros campos más sanos donde se respiren aires menos infestados. En otra carta dirigida á Mr. Mocquard, le dice: «El Emperador ha tenido la bondad de acordarme una autorización para cazar en Rambouillet. Su Majestad no habia puesto otra restricción á su permiso que la de no tirar á los ciervos. Poco á poco los guardas han restringido de tal manera mi autorización que no me sirve de nada. En fin, este año, he escrito en los mejores términos al príncipe de la Moskowa. Y me ha contestado una carta inconveniente, que no contenia ni mis títulos ni el tratamiento que me corresponde, consentido por Su Majestad. ¡Y luego me trasmite un permiso, pero prohibiéndome tirar á los faisanes!... ¡A qué, pues, podré tirar?» En otra carta hablaba al Emperador mismo de la vida que llevaban los individuos de la familia imperial y de las peligrosas relaciones amorosas que muchos de ellos anudaban, comparándolas con su honradez y con su deseo de vivir pacíficamente en compañía de sus hijos y de su mujer legítima.

• Pues bien, este hombre que pensaba y procedía así respecto á su familia, se indignó cuando la reputación de Rochefort llegara á su colmo, y entró en la liza de las polémicas diarias con la inferioridad que le daba lo brutal de su carácter y la completa falta de ciencias y de letras. Rochefort había dicho preciosas ingeniosidades de oposición; y había hecho vistosísimos escarceos de estilo. En una ocasión que la Emperatriz presidía el Consejo de ministros, puso bajo la noticia esta adición: «mañana presidirá Madame Pereire el consejo de administración del crédito mobiliario.» Otro día exclamó: «yo soy dinástico, pero entre los Napoleones estoy por Napoleón II que no reinó jamás.» Otra vez que brindaban por Napoleón IV exclamó: «jamás consentiera Luis XIV brindar en su presencia por Luis XV.» Todos estos dichos eran agudos, felices, é iban directamente lanzados al corazón mismo del Imperio. Pedro Bonaparte no podía habérselas con los escritores de París, que le vencían verdaderamente en letras é ingenio. Pero desafió á polémica singular á los escritores de Córcega, á los propagandistas de la República. Llamó los cobardes Judas; traidores á su patria; dignos de ser arrojados al mar cosidos dentro de sacos en compañía de monos y serpientes; sacrílegos, oprobiosos, inmundos, ignorantes, libelistas de mala fé, caracoles rampantes, ínfimos folicularios, conjurando á los mozos de cordel de los mercados para que les persiguiesen á puntapiés y á los buenos patriotas de Córcega para que les echaran las tripas al viento.

Entre los párrafos curiosos, entre las extrañas ideas de semejante escrito, resalta como primero y más capital pensamiento el que sigue, de una expresión clara, y de una inmensa trascendencia. «Francia es más conocida por Napoleón, que Napoleón por Francia.» De suerte que la grande nación, divulgadora de las ideas modernas, sólo es célebre por la gloria de ese corzo, que apenas merece

contarse en el número de sus hijos. Antiguos escritores, que ilustrásteis á un tiempo el nombre latino y el nombre francés; guerreros, que impedísteis la total desaparición de la cultura clásica, y retardásteis el advenimiento del feudalismo; academias provenzales, donde fueron á instruirse en las artes del buen decir y en las cadencias de la rima hasta los poetas italianos; jóvenes y desgraciado filósofo, que abriste la conciencia humana al calor de la libertad; héroes de la caballería, fundadores de la nación, atletas del Renacimiento, grandes prosistas que recordais el ingenio ateniense, grandes oradores sagrados, que teneis el fuego del cielo en vuestra solemne palabra; cómico inmortal, que con tu gracia y tu conocimiento del corazón humano, eres por tí solo un gran teatro; filósofos del sentido común y de la Enciclopedia moderna, que obrásteis un cambio total en la vida del espíritu; tribunos de la revolución, que difundísteis las ideas democráticas por el mundo; todos sois como si no fuérais en presencia de esa figura siniestra, de esa sombra gigantesca, que después de haber destruido la República, y haber malogrado el trabajo de tantos siglos, deshonoró vuestra patria con su despotismo, mató á vuestros hijos con el veneno de su falsa gloria, pasó por mil campos de batalla, como un vapor, como una nube de sangre, sembrando la desolación y la muerte, para estrellarse contra su propio orgullo, y dejar desmembrada y rota á la nación que le entregara el depósito de su autoridad y el prestigio de su genio.

Esta idea del príncipe Pedro, reveló bien el desprecio profundo que sentía, no ya hacia los republicanos de Francia, sino hacia la nación entera. Mas su sombrío carácter, sus bullidoras pasiones, su avieso genio, no le dejaban reposo alguno, y por consecuencia le llevaban á desahogarse en obras como en palabras: Ya lo decía él cuando demandaba con grandes instancias que le dejaran el ejercicio de la caza; entregarse á correr en espumoso

caballo y vertiginosa carrera, á oír el estridente resonar del cuerno y el ladrido confuso de la jauría; á atravesar las selvas, husmeando los vapores de sangre y la palpitante presa en las agonías de la muerte; á todo cuanto fuese movimiento, combate, golpes, heridas, el espectáculo de la destrucción. Parecíase al feroz cazador de la leyenda alemana, cuya carrera por los infiernos nunca se concluía y resonaba perpétuamente, como la rueda de un molino gigantesco, sobre todo, allá por las inclementes noches del invierno, recordando el tormento de un condenado y la expiación de un crimen.

Discreto historiador moderno lo ha comparado á Castrucci, noble de Luca, gibelino de partido, soldado de aventura, combatiente é incendiario en Francia, Inglaterra y Lombardía; vencedor de Montecatini; aquel, cuyos hierros y cuyos grillos rotos servían de bandera á los pueblos; ora en el destierro, ora en la dictadura; con príncipes por amigos, Césares por cómplices, y senadores por vasallos; siempre en la brecha, siempre en la pelea, como un rayo de la guerra, como un hijo de la tormenta; una de esas almas que podríamos llamar almas carniceras en la sociedad como hay animales carniceros en la naturaleza. Mas para ser Castrucci, le faltaba muchísimo á Pedro Bonaparte; y sobre todo le faltaba grandeza. Así combatía, pero era en lances personales; trabajaba, pero era en personales aventuras. La última de su tormentosa vida fué una de las principales causas de la ruina del Imperio. No se contentó con dirigir á los republicanos de Córcega, como antes hemos dicho, soeces injurias de taberna; dirigió al diputado y escritor Rochefort provocativos carteles de desafío. Veamos el fundamento de estos carteles. Era inevitable que los escritos del príncipe trajeran sangrientas represalias, por la naturaleza de las ofensas, y por la categoría del ofensor. Estas represalias llegaron, menudeando los artículos contra la familia de los Bonapartes;

y *La Marsellesa*, periódico diario con que Rochefort había sustituido su folleto semanal *La Linterna*, reprodujo la ruidosa polémica. Al ver en pleno París los artículos publicados en Córcega, el príncipe sintió su antigua ira agolpársele con fuerza á la cabeza; sobrecitarle con furia el corazón. Así escribió estas insolentes palabras á Rochefort. «Si por casualidad consentís en descorrer los cerrojos protectores, que hacen vuestra persona dos veces inviolable, no me encontraréis ni en palacios ni en castillos. Habito buenamente el número cincuenta y nueve de la calle de Auteuil y puedo aseguraros que, si os presentáis, no se os dirá que he salido.»

Los anales del duelo no presentan ejemplo de una provocación semejante. Citar á un enemigo á su propio hogar, era cosa á la verdad nunca vista. ¿Había meditado un asesinato y se apresuraba á consumarlo? ¿Había querido constituirse en brazo vengador de las ofensas inferidas á la familia imperial? ¿Quería que le vomitasen nuevas injurias al rostro para justificar un crimen? Lo cierto es que, convocando el enemigo á su propio hogar, demostraba que tenía algún oculto propósito y que acariciaba algún grande atentado. Rochefort no se presentó personalmente; hizo lo que hacen los caballeros en tales casos: le envió dos padrinos.

Mientras esto sucedía con Rochefort, otro escritor trataba ya de provocar al príncipe. Era el provocador Pascual Grousset, corresponsal del periódico *La Revanche* de Córcega. Joven conocidísimo por su inquieta ambición, por sus grandes pretensiones, por su afán de figurar, por sus ingeniosos escritos en diversos periódicos, por su inmoderado deseo de dominar la fortuna, por su impaciencia de meter ruido y de llamar la atención pública sobre su modesto nombre; encontrábase, como republicano, insultado por un príncipe de la sangre, por un miembro de la dinastía, por un Bonaparte; y terrible duelo

con este hombre y en aquellas circunstancias podía ser principio de verdadera nombradía. Cogió por los cabellos la ocasión que se le presentaba y mandó sus dos padrinos al príncipe Bonaparte.

Eran estos Ulrico de Fonvielle y Víctor Noir. El primero, bajo de estatura, nervioso de temperamento, republicano de arraigadísimas convicciones, uno de los mil que pelearon junto á Garibaldi en la expedición á Sicilia, soldado en los ejércitos del Norte de América, escritor en la prensa de París, pertenecía á los agitadores y revolucionarios de Francia. El segundo era un jóven que comenzaba á escribir y que se atraía la atención por su carácter verdaderamente amable, por su bondad de sentimientos, por su gracia, por su cariño á la familia, á los amigos, por sus inagotables bondades. De veinte años apenas, de robusto temperamento, de fidelidad inquebrantable, llamábanle los suyos con el mote verdaderamente expresivo de perro de Terranova. Y en efecto, como esos perros que buscan á los extraviados en medio de los ventisqueros de los Alpes y á los naufragos en medio de las olas del Océano, Víctor Noir era todo corazón, todo sentimiento, todo amor, dispuesto siempre al sacrificio y teniendo la abnegación como una necesidad de su alma.

En aquel día, diez de Enero de mil ochocientos setenta, habíase levantado más alegre que nunca, y había departido largamente con su vieja ama de llaves sobre los preparativos de su próximo casamiento. Nada descuidó para presentarse con dignidad en casa de un príncipe. Se puso su mejor traje, se cepilló con más esmero sus botas, encerró sus manos en finos guantes. Todo le sonreía, su juventud, sus recientes triunfos en la prensa, sus amistades con los jóvenes más célebres de París, su próximo enlace con la mujer de su preferencia, con la elegida de su corazón, con la esposa ya de su alma. Reuniéronse los dos padrinos y marcharon á la

casa del príncipe. Poco les hicieron aguardar y pronto los entraron en salón espacioso. La casa parecía un convento. Habitóla en otro tiempo el filósofo Helvecio y reunió en ella á cuantos se interesaban en el progreso de la ciencia. Tenía mucho de retiro, mucho de claustro.

Ya en el gran salón, Ulrico Fonvielle permaneció casi inmóvil, apoyado en el alfeizar de una ventana. Víctor Noir, al contrario, más jóven, más alegre, más decididor, ménos probado por los azares de la guerra y por los dolores de la vida, se miraba en los espejos para ver si hacia su traje alguna arruga, y descifraba cierta inscripción italiana puesta al pié de un retrato de la familia de los Bonapartes. De pronto el pestillo de una puerta que conducía á las habitaciones interiores del príncipe se descorre, y una sombra se dibuja. A pesar de haberse abierto la puerta no entró Pedro Bonaparte sin duda incierto é indeciso todavía entre su deber y su cólera. Por fin, apareció en la sala. Llevaba un traje de casa con anchos pantalones, en cuyos bolsillos tenía medidas ambas manos. Los dos jóvenes se inclinaron profundamente, y el príncipe apenas les respondió. Sin saludos, sin cumplidos de ninguna clase, dirigióse á ellos bruscamente con grande insolencia: y les preguntó con voz á un tiempo aflautada y ronca, si venían de parte de Rochefort. No, dijeron á una ambos jóvenes. Venimos de parte de Grouset. El príncipe, que esperaba á su grande enemigo, al blanco de todos sus odios, al objeto de todas sus cóleras, estrañó mucho la inesperada intervención de aquel nuevo personaje en su drama. Fonvielle le tendió la carta de Grouset en la cual decía este al príncipe que ó retractara sus artículos publicados en *Córoega* ó le diera satisfacción por las armas. El príncipe se dirigió á una ventana, leyó la carta, estrujola un poco entre sus manos, la arrojó arrugada á un sillón, y se volvió á los padrinos.

• «He provocado, dijo, á Rochefort, porque

es el porta-estandarte de la crápula. En cuanto á Grouset no tengo nada que responder. ¿Son Vds. por ventura solidarios de esos pillos?»

«Somos, respondió Víctor Noir, solidarios de nuestros amigos.»

Apenas habían resonado estas palabras, cuando el Príncipe Bonaparte, pálido como la muerte, porque toda la sangre se le había agolpado al corazón; ciego como la ira; con la espuma de la hiel en los labios; ágil como un tigre, dá un paso, alza la mano izquierda y la descarga sobre la mejilla de Noir, saca la mano derecha del bolsillo de su pantalón, y en ella una pistola amartillada, y á quema-ropa la dirige sobre el infeliz y confiado jóven.

Noir, herido de muerte, dió un salto, se apretó con ambas manos el pecho, derramó de sus ojos iluminados por súbito resplandor miradas supremas y reveladoras de su muerte, y salió casi de espaldas por la misma puerta por donde había entrado.

El asesino se lanzó entonces sobre Ulrico Fonvielle y le disparó á quema-ropa otro tiro.

Entonces Ulrico asió fuertemente una pistola que llevaba en su bolsillo; y mientras que pugnaba por sacarla de su funda, el príncipe se adelantó en ademán de golpearle. Pero, viéndole armado, se echó sobre la puerta que conducía á las habitaciones interiores y apuntó á la cabeza del conmovido Ulrico. Este tuvo entonces un momento de lucidez y de prevision. Comprendió que si disparaba, le achacarian la agresión; y se lanzó á la puerta para salir de aquella caverna de horrores. El príncipe le disparó un segundo tiro, que llegó á traspasar su gaban, sin tocarle milagrosamente en el cuerpo. Al salir á la calle tropezó con Víctor Noir, que había tenido fuerzas bastantes para bajar la escalera y que había caído muerto en medio del arroyo. En este momento llegan en coche los dos padrinos de Rochefort y bajan, pero Fonvielle, derodillas en la calle, la una mano sobre el cuerpo de su amigo, y la otra señalando á la casa del príncipe, les grita. «No entreis; ahí se asesina á los hombres.»